

YO, OTRO (Crónica del cambio)

IMRE KERTÉSZ

Ed. Acantilado, Barcelona, 144 págs.

Trad. de Ana Kovacsics

Kaddish por el hijo no nacido

IMRE KERTÉSZ

Ed. El Acantilado, Barcelona, 152 págs.

Trad. de Adan Kovacsics

Sin destino

IMRE KERTÉSZ

Círculo de Lectores, Barcelona, 144 págs.

Trad. Judith Xantos; prólogo de Adan Kovacsics

Un instante de silencio en el paredón (El Holocausto como cultura)

IMRE KERTÉSZ

Ed. Herder, Barcelona, 144 págs.

Trad. de Ana Kovacsics

---

## El exilio como sobrevivencia ética

Mercedes Monmany

1 diciembre, 2002

En uno de los magníficos ensayos (*Ensayo de Hamburgo*) que el escritor judío-húngaro Imre Kertész (Budapest, 1929), último Premio Nobel de literatura, reunió en su libro publicado en España con el título de *Un instante de silencio en el paredón (El Holocausto como cultura)*, este autor se presentaba sintéticamente ante el lector: «Nació en el primer tercio del siglo XX, sobrevivió a Auschwitz y pasó por el estalinismo, presencié de cerca, en tanto que habitante de Budapest, un levantamiento nacional espontáneo, aprendí, como escritor, a inspirarse exclusivamente en lo negativo, y seis años después del final de la ocupación rusa llamada socialismo –o, si se quiere, del siglo XX desde un punto de vista histórico–, encontrándose en el interior de ese vacío voraginoso que en las fiestas nacionales se denomina libertad y que la nueva constitución define como democracia –aunque también lo hiciera la anterior, la socialista–, se pregunta si sirven de algo sus experiencias o si ha vivido del todo en vano».

Esta era la melancólica, desencantada, e irónica, como siempre, propuesta sobre sí mismo y sobre su inserción en el devenir europeo colectivo que Imre Kertész introducía una vez más en el corazón de uno de sus textos. Difundido fuera de las fronteras de Hungría sobre todo tras la caída del Muro y, en especial, a través de Alemania, donde desde hace años se le considera ya como todo un clásico, Kertész es uno de los mejores escritores de nuestra época, sin lugar a dudas, y un escritor que ha continuado discursos terribles y magistrales comenzados en la segunda mitad del siglo XX por autores como Primo Levi o Paul Celan, de una generación, la generación perteneciente al trauma tantas veces indescriptible del Holocausto, que hasta ahora no había sido reconocida literaria e internacionalmente a través de premios de la categoría del Nobel. Por otro lado, Imre Kertész es también uno de los escritores que más han narrado sobre sí mismos, de forma autobiográfica y también como sujeto activo de un drama sucesivo histórico, a través de la ficción. Un sujeto portador de un «destino» no elegido, que nunca podrá separar de su desarrollo posterior como persona. Así lo expresaba en su novela semiautobiográfica *Sin destino*, escrita décadas después de su paso por los campos de concentración nazis: «Yo había vivido un destino determinado; no era mi destino pero lo había vivido [...] ahora tendría que vivir con ese destino, tendría que relacionarlo con algo, conectarlo

con algo». Una «conexión» para la que emplearía toda una vida, su vida de escritor.

En 1975 Imre Kertész publica por primera vez, en medio de un recibimiento más que tibio en su país, la novela que le daría el reconocimiento internacional, *Sin destino*, transfiguración a través de un personaje de ficción, un niño de quince años, de su estancia real, a la misma edad, y durante año y medio, en distintos campos de concentración nazis, y en especial en Auschwitz. Al contrario que la pretendida «cosificación» con la que los nazis pretendían someter y vencer el último gramo de resistencia en la dignidad de la especie humana, este niño judío traído desde Budapest, después de que su padre también fuera deportado, logrará no sólo sobrevivir al infierno sino «vivir» junto a él, con él. Ya lo decía Robert Antelme, a su vuelta de Dachau y Buchenwald, y al comienzo de su libro *La especie humana* (Arena, 2000): «El hecho de cuestionar la cualidad de hombre provoca una reivindicación casi biológica de pertenencia a la especie humana». György Köves, el niño que entra alegre y confiado con sus compañeros en algo que antes de su llegada creen que es sólo un campo de trabajo obligado y una situación transitoria, dirá en el momento de su liberación, es decir, al final de su dura novela de formación, una formación fraguada a pesar del intento de destrucción puesto en marcha por la maquinaria de exterminio nazi: «Incluso allá, al lado de las chimeneas había habido, entre las torturas, en los intervalos de las torturas, algo que se parecía a la felicidad. Todos me preguntaban por las calamidades, por los "horrores", cuando para mí esa había sido la experiencia que más recordaba». Es decir, una experiencia de «hambre de vida», que la adolescencia de György no ha dejado de sentir incluso en el infierno. Como es de suponer, muy al principio, por lo inusual de su tratamiento y de su acercamiento al terror de los campos narrado por ese adolescente que se inicia a la vida a través de la muerte y de la aniquilación, y que al volver declara sentir «nostalgia» de ciertas horas («mi hora preferida del campo») de su vida anterior, en la que nunca se dio cuenta «de que aquellos horrores eran horrores», esta obra sería mal entendida y mirada con sospecha. Por la extrema desnudez clínica y descriptiva de lo narrado, por la ironía macabra, simple, infantil, que utilizaba el personaje para describir el atisbo de algunas emociones elementales que le mantenían con vida a las puertas de la muerte («en mi interior identifiqué un ligero deseo -absurdo, pero muy persistente- de seguir viviendo, por otro ratito más, en este campo de concentración tan hermoso»), la obra fue tachada, al principio, por algunos sectores, de «antisemita». En España la primera edición de esta atroz lección e iniciación a la vida junto a la muerte sería publicada en Plaza y Janés, en 1996.

Por otro lado, su libro de ensayos *Un instante de silencio en el paredón* recogía, desde diversas reflexiones y comentarios sobre autores de la literatura húngara del siglo XX («ese siglo o pelotón de fusilamiento en servicio permanente») como, por ejemplo, Sándor Márai, Gyula Krúdy, György Tábori, o Miklós Radnóti, hasta, de forma fundamental, lúcidos y ya imprescindibles e insustituibles acercamientos acerca de la influencia en la cultura europea de la experiencia de Auschwitz, como «experiencia negativa» creadora de valores y como referente definitivo en lo que se llamará ya de ahora en adelante «cultura del Holocausto». Una cultura, generada en suelo europeo y en el corazón de la civilización occidental, a la que Kertész pertenece como protagonista directo («falta mucho para que se tome conciencia de que Auschwitz no es en absoluto el asunto privado de los judíos esparcidos por el mundo, sino el acontecimiento traumático de la civilización occidental que algún día se considerará el inicio de una nueva era», dirá en «Patria, hogar, país», perteneciente al mismo volumen). En este libro también se incluían otros ensayos sobre Weimar y sobre las diferencias entre los campos soviéticos y los campos nazis, y, por supuesto, se pasaba revista a los otros grandes

escritores «que crearon una literatura verdaderamente importante a partir de la experiencia del Holocausto» (Paul Celan, Primo Levi, Jean Améry, Tadeusz Borowski, Ruth Klüger, o el menos conocido, el poeta húngaro y judío Miklós Radnóti), de los cuales, muchos de ellos, más tarde sucumbirían al suicidio. Espléndidos escritores, cada uno en su estilo, que darán forma a la narración del Apocalipsis «como una historia de terror, con todos sus detalles, su lógica, su horror y vergüenza éticos, la inconmensurabilidad de los sufrimientos, su lección terrorífica que en cierta manera ya nunca podrá ser expulsada del espíritu europeo de la narración».

Por su parte, *Kaddish por el hijo nonacido* es una profunda y dura reflexión, con el feroz sentido de catarsis, de cáustica y brutal denuncia de lo intolerable, con esa angustiosa y desoladora prosa implacable a lo Thomas Bernhard que caracteriza a este autor, sobre el hecho insoslayable, definitorio, privado y vinculante (el escritor ruso-judío Isaac Bábel dijo una vez que si hubiera tenido que escribir su autobiografía, la habría titulado *Historia de un adjetivo*) de ser judío. Judío, por supuesto, ya para siempre, en la sobrevivencia. Nacido en el seno de una familia judía pequeño-burguesa asimilada, Kertész participa de una identidad laica y liberal, no religiosa, que se confrontará un día de repente a través de una estrella amarilla cosida en su chaqueta. Una identidad que compartían muchos judíos de aquellos días y que en algunos pasajes de su obra se asemeja mucho a lo que fue definido en su día por el filósofo judío Jean Améry (o Hans Mayer) en otro libro fundamental y básico sobre el sentimiento de expolio humano después de Auschwitz (*Más allá de la culpa y la expiación*, Pre-Textos): «Mantengo una relación negativa, una no-relación con el judaísmo. Con los judíos en cuanto tales no comparto casi nada: ni lengua, ni tradición cultural, ni recuerdos de infancia [...]. Soy judío por el simple hecho de que el entorno no me determina expresamente como no judío. Ser algo puede significar que uno *no* es algo diverso». Kertész, por su parte, en su magnífico, desgarrador y terrible tratado filosófico de *Kaddish por el hijo no nacido* buceará en la dolorosa elección, en la inapelable decisión de un personaje judío y húngaro, sobreviviente al exterminio, de no prolongarse, de no tener futuro alguno a través de ningún hijo, al que, por otro lado, le dedica un desesperado monólogo interior, una oración fúnebre judía, un *kaddish*: el *kaddish* de la ausencia de su vida. Algo que se presenta como consecuencia lógica, como reverso pesimista («el ser no debería ser, por el mero hecho de lo sucedido y, admitámoslo también, por la continua repetición de lo sucedido») como explicación absoluta de su ser como «experiencia negativa», su «ser moldeado en el sobrevivir a determinada sobrevivencia». ¿Qué le queda a ese ser que se aborrece en su naturaleza de «querer vivir siempre y de manera indolegable, incluso cuando resulta del todo imposible vivir»? Queda una firme obstinación, el único esfuerzo en el que se reconoce ese personaje y narrador. Es decir, queda «la verdadera naturaleza de su trabajo», que no es otra que la de «cavar, seguir cavando la fosa que otros empezaron a cavar para mí en las nubes, en los vientos, en la nada». Es decir, escribir, cavar palabras como quien cava tumbas.

*Kaddish por el hijo no nacido* era la tercera parte de la trilogía que Kertész había iniciado con *Sin destino*. Próximamente se completará en nuestro país la serie con la publicación de su segunda novela, *El fracaso*. Una novela que denuncia en concreto las maniobras de las autoridades estalinistas húngaras en su día para ocultar el Holocausto y para marginar y «anular» los testimonios de los supervivientes; un hecho que nunca ha dejado de denunciar Kertész, como la cara más negra de las interesadas maquinaciones políticas durante una dictadura, y como la clara muestra de un antisemitismo que jamás ha cesado de ejercer sus tenaces y firmes tramas de anulación del

individuo. Un motor de lo siniestro, de atávicas raíces, que comienza en la misma infancia (el francés Alain Finkielkraut en su libro *Le Juif imaginaire* decía que «el escenario habitual de la humillación es un patio de escuela pública o un colegio»). Y así lo expresaba también Kertész en su «diario europeo» (*Yo, otro. Crónica del cambio*) o cuaderno de apuntes de un escritor. Un escritor que a la vez ejerce de traductor de Wittgenstein y Nietzsche, y de conferenciante y testigo del Holocausto a lo largo y ancho de distintos países. El diario, los apuntes no lineales se inician en 1991 tras la caída del Muro y enseguida el lector se va acercando a las amargas e inevitables decepciones que ha aportado ese nuevo estado de libertad, llegado tras décadas de dictadura en los países del Este. En él se narran las sucesivas metamorfosis de alguien que desde hace tiempo está navegando «en el umbral de la vida y de la muerte» y de alguien sujeto, por otra parte, a una serie de avatares políticos no escogidos y a transformaciones y sufrimientos que lo han moldeado tras sus sucesivos derrumbes y «vaciados» internos, tras las sucesivas prisiones históricas y políticas atravesadas.

En *Yo, otro. Crónica del cambio*, mientras el narrador recorre diversas ciudades y escenarios de la cultura occidental, a través de ese «gran museo que se sigue llamando Europa», reflexiona agria y sarcásticamente sobre su situación de exilio permanente, sobre esa agresión periódica y esa «negación del individuo» como tal, que ha tenido que atravesar a lo largo de su vida y a través de los dos totalitarismos que le tocó vivir, el totalitarismo nazi y el totalitarismo comunista: «Para que un judío sea aceptado como húngaro en la actualidad –y esta actualidad ya dura más de siete décadas– debe cumplir ciertos requisitos que, para ser breve, conducen básicamente a la autonegación». Kertész ha expresado en muchas ocasiones ese sentimiento suyo de imposible identidad, de extranjería permanente y apátrida, esa denuncia continua de lo intolerable del pasado, el genocidio judío, y lo intolerable del presente, es decir, la pervivencia de «nuevas» y readaptadas formas de antisemitismo y negación de la diferencia, a causa de la no asimilación y sumisión total al medio ambiente predominante: «Ser extranjero no es malo. Vivo en una situación de minoría elegida como una forma de existencia espiritual basada en la experiencia negativa, en la que me inicié por medio de mi ser judío», dirá en *Un instante de silencio ante el perdón*. También en otro ensayo de este mismo libro, Kertész pormenorizaba los pasos que le condujeron a esa «inalterable extranjería» que se convirtió en su única tarjeta de identificación posible: «Después de sobrevivir al campo de concentración, esta persona volvió a aquel país [ Hungría ] ya no se sabe por qué: por el instinto del perro vagabundo tal vez, pero también quizá porque en aquellas fechas –con su cabeza de dieciséis años– consideraba ese sitio su hogar; más tarde, durante la ocupación rusa titulada socialismo, pasó cuarenta años de exilio interior en ese mismo lugar para reconocer por fin, después de la primera euforia por el vuelco de 1989, su inalterable extranjería, como si fuera la última estación de un larguísimo viaje, al cual llegó, de hecho, sin haberse movido de su sitio, geográficamente hablando».

En el diccionario de enseñanzas funestas recibidas del Holocausto, de ese «horror que se amplía para convertirse en el ámbito de una vivencia universal», como dirá Kertész, en su ensayo «Sombra larga y oscura» (de *Un momento de silencio ante el perdón*) surgía una pregunta: «En el momento decisivo, ¿ayudaba la cultura espiritual, el punto de partida intelectual, al prisionero de los campos? ¿Le aliviaba los sufrimientos?». Y la respuesta Kertész la da a través de Jean Améry: «No». Rotundamente no. «En Auschwitz el prisionero judío alemán tenía que ceder toda la cultura alemana, desde Dürero a Reger, desde Gryphius a Trakl, al último hombre de las SS».

Es ese «no» gigantesco y lleno de rabia que el personaje que narra *Kaddish por el hijo no nacido* le da también como respuesta al «doctor Obláth, doctor en filosofía... mientras del trabajo sucio se encargan los expertos», posible transfiguración que Kertész ofrece de la célebre visita y paseo por el bosque que la «víctima» Celan va a rendirle a Heidegger, al acabar la guerra y del que surgiría el impresionante poema *Todtnauberg* («H., no H. el Führer y canciller, sino H. el filósofo y camarero mayor de todos los Führer y cancilleres», dirá Kertész en otro momento de su libro). En este libro, o monólogo interior de un personaje que trabaja fundamentalmente sobre «el fracaso» como «imperativo moral» («hay que afanarse al menos por el fracaso», decía su admirado escritor Thomas Bernhard), «dos seres sociales» pasean glacial y tranquilamente por el bosque, cuando uno de ellos, el doctor Obláth, filósofo, le pregunta al protagonista y narrador judío si «tiene hijos». En ese momento todo el libro de Kertész estalla en mil pedazos y se convierte en la angustiosa respuesta dada a esta pregunta hecha (posiblemente) por el gran filósofo alemán, de indudable influencia en todo el siglo XX, y colaborador del nazismo («yo me junté al doctor Obláth, probablemente con el fin de liberarme de él»). Por otro lado, ya el comienzo del espléndido y terrible libro de Kertész se iniciaba con una cita de *Fuga de la muerte* de Paul Celan, ex prisionero judío de Auschwitz, en la que habla de esa fantasmal «fosa en las nubes» que Kertész retomará también a lo largo de su obra: «Tocad más sombríamente los violines / luego subiréis como humo en el aire / luego tendréis una fosa en las nubes / allí no hay estrechez».

A la célebre frase de Adorno de que ya no podían escribirse versos «después de Auschwitz», Kertész le dará sustancialmente la vuelta: «Después de Auschwitz ya sólo pueden escribirse versos sobre Auschwitz». Y más que nada, viene a decir este autor, se tienen que escribir precisamente por todo aquello que jamás ha sido corregido ni dicho, ni se ha deseado conocer y saber, antes, durante y después de Auschwitz: «No olvidemos -dice Kertész en *Yo, otro*, denunciando como siempre la hipocresía y el autoengaño con el que mucha gente se "conformó" en el momento de la liberación- que Auschwitz no fue disuelto por ser Auschwitz, sino porque la evolución de la guerra dio un vuelco; y desde Auschwitz no ha ocurrido nada que podamos vivir como una refutación de Auschwitz». Lo dice alguien que convirtió toda su obra en una refutación de las circunstancias que le habían sido dadas, de ese destino que igualmente se instaló en él sin él pedirlo y del que tuvo que dar luego cuenta sin haber querido darla.